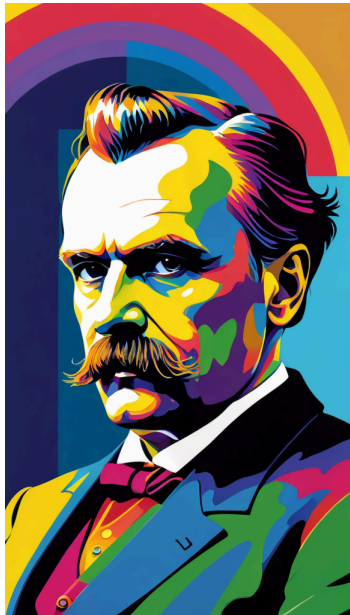


LEYENDO HISTORIA DE LA FILOSOFÍA en bachillerato¹

(13: NIETZSCHE).



La filosofía de **Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900)** es polémica y crítica en grado sumo, siendo considerada una crítica de toda la tradición platónico-cristiana occidental. Con esto queda señalado que son muchos sus “enemigos”: Parménides, Sócrates, Platón, Kant, el cristianismo, el socialismo, etc.

Su rechazo de la “razón especulativa” habría de dar paso a una “manera noble de valorar” que no menoscabe ni fabrique aparatosos subterfugios frente a la vida en su constante devenir. En este sentido, el pensamiento de Nietzsche afirma lo múltiple frente a lo uno-estático de las filosofías “dogmáticas”. La “transvaloración de los valores” lleva consigo, pues, una nueva interpretación de la realidad, de la verdad y del hombre.

CRÍTICA DE LA CULTURA OCCIDENTAL

El objeto de la crítica nietzscheana nos lo desvela el propio Nietzsche en el prólogo a su libro *Más allá del bien y del mal*: la filosofía dogmática, entendiendo por tal -con respecto a Europa- el platonismo. **Platón, a juicio de Nietzsche, instauró el error dogmático más duradero y peligroso: el “espíritu puro” y el “bien en sí”**. El platonismo, en efecto, significa poner cabeza abajo el perspectivismo, que es la condición fundamental de toda vida. Por ello, junto a la crítica de la tradición platónico-cristiana y el error ontológico-moral que la sostiene, Nietzsche presenta su propia ontología, es decir, su propia concepción de la realidad y la verdad:

<<La filosofía de los dogmáticos ha sido tan sólo un hacer promesas durante milenios (...). El peor, el más duradero y peligroso de todos los errores ha sido hasta ahora un error de dogmáticos, a saber, la invención por Platón del espíritu puro y del bien en sí (...). Hablar del espíritu y del bien como lo hizo Platón significa poner la verdad cabeza abajo y negar el perspectivismo, el cual es condición fundamental de toda vida>>

Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 2000, p. 20 (Prólogo).

¹ **Textos de referencia:** Juan Manuel Navarro Cordón y Tomás Calvo Martínez, *Historia de la filosofía*, Anaya, Madrid, 2003; Adela Sarrión Mora, *Textos de filosofía para la prueba de Evaluación para el Acceso a la Universidad*, Castilla-La Mancha, Anaya, Madrid, 2017.

El pensamiento de Nietzsche suele calificarse de vitalista. Aunque el término vitalismo es muy ambiguo, puede aplicarse a toda doctrina filosófica que considere la vida la realidad fundamental, irreductible a cualquier otra. **La vida, en su dimensión biológica y cultural, es el punto de partida** de la filosofía de Nietzsche, que la considera la realidad originaria que no puede reducirse a mera racionalidad. Instintos, pasiones, pulsiones vitales, etc. -la vida misma- han sido incomprendidos y reprimidos desde la Antigüedad. Nietzsche asume la doble tarea de hacer una dura crítica de la cultura occidental en sus más diversos ámbitos (filosofía, moral, ciencia, arte, etc.) y, además, de proponer una nueva interpretación de la realidad, de la verdad y del hombre basada en unos valores contrarios a los tradicionales.

LA CRÍTICA DE LA METAFÍSICA

Con Sócrates y su búsqueda de conceptos universales, de la verdad, triunfó el “hombre teórico”. Con su discípulo Platón, el saber científico se convierte en el único medio para comprender la realidad. Por ello, **Nietzsche considera que Sócrates y Platón son los grandes corruptores de la filosofía occidental:**

- 1) Sócrates hizo triunfar la razón frente a la vida;
- 2) Platón introdujo el mayor y más grave de los errores: inventó un mundo de conceptos o esencias inmateriales que no se pueden captar por los sentidos. Lo llamó “mundo verdadero” y lo enfrentó al “mundo aparente”, al mundo de lo material y sensible, aunque lo cierto es que, según Nietzsche, sólo este último es real.

A partir de ahí, los conceptos metafísicos que han ido apareciendo a lo largo de la historia (“ser”, “yo”, “cosa en sí”, “sustancia”, etc.) son engaños del lenguaje, proceden del **desprecio hacia los sentidos y de la sobrevaloración de la razón.**

Para Nietzsche, esta falsa filosofía revela temor y odio hacia la vida, es la **expresión del espíritu de la decadencia** incapaz de aceptar que no hay nada permanente ni eterno.

<<Dividir el mundo en un mundo “verdadero” y en un mundo “aparente”, ya sea al modo del cristianismo, ya sea al modo de Kant (en última instancia, un cristiano alevoso), es únicamente un síntoma de decadencia>>

Friedrich Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 56 (ligeramente modificado).

Contra la ilusión del “mundo verdadero”, **debemos aceptar el testimonio de los sentidos**: lo real es devenir, como afirmaba Heráclito, fenómeno², apariencia. En consecuencia, **el ser humano no puede llegar a verdades absolutas**. La confianza en que tales verdades existen es fruto de que el hombre se siente perdido ante la pluralidad de impresiones de la vida, e inventa los conceptos para clasificar y ordenar la cambiante realidad, pero **tales conceptos son metáforas**.

El uso prolongado de esas metáforas lleva al hombre a pensar que expresan la verdad. Pero la vida y la realidad no son conceptos ni pueden quedar apresadas en ellos, pues mientras que **los conceptos son fijos e inertes**, vida y realidad están en constante devenir.

(Toda palabra se convierte en concepto desde el momento en que deja de servir justamente para la vivencia original, única e individualizada, a la que debe su origen. Se pretende que el concepto sirva para expresar y significar una multiplicidad de cosas o realidades individuales que, rigurosamente hablando, dice Nietzsche, “nunca son idénticas”):

*<<Pero pensemos especialmente en la formación de los conceptos. Toda palabra se convierte de manera inmediata en concepto en tanto que justamente no ha de servir para la experiencia singular y completamente individualizada a la que debe su origen, por ejemplo, como recuerdo, sino que debe encajar al mismo tiempo con innumerables experiencias, por así decirlo, más o menos similares, jamás idénticas estrictamente hablando; en suma, con casos puramente diferentes. Todo concepto se forma por equiparación de casos no iguales. Del mismo modo que es cierto que **una hoja no es igual a otra**, también es cierto que **el concepto hoja se ha formado al abandonar de manera arbitraria esas diferencias individuales, al olvidar las notas distintivas**, con lo cual se suscita entonces la representación, como si en la naturaleza hubiese algo separado de las hojas que fuese la «hoja», una especie de arquetipo primigenio a partir del cual todas las hojas habrían sido tejidas, diseñadas, calibradas, coloreadas, onduladas, pintadas, pero por manos tan torpes, que ningún ejemplar resultase ser correcto y fidedigno como copia fiel del arquetipo. Decimos que un hombre es «honesto». ¿Por qué ha obrado hoy tan honestamente?, preguntamos. Nuestra respuesta suele ser así: a causa de su honestidad. ¡La honestidad! Esto significa a su*

² “Fenómeno” (del griego φαινόμενον -phainómenon-, “lo que aparece, lo que se muestra”) designa lo que se manifiesta a los sentidos. En Platón, este término se identifica con “apariencia”, por oposición al verdadero ser. En Kant, se refiere a lo que podemos conocer de la realidad porque se nos ofrece a través de las intuiciones sensibles; se opone a “noumenon” (“cosa en sí”); es decir, a lo que sería la realidad al margen de nuestro conocimiento.

vez: la hoja es la causa de las hojas. Ciertamente no sabemos nada en absoluto de una cualidad esencial, denominada «honestidad», pero sí de una serie numerosa de acciones individuales, por lo tanto desemejantes, que igualamos olvidando las desemejanzas, y, entonces, las denominamos acciones honestas; al final formulamos a partir de ellas una cualidad oculta con el nombre de «honestidad».

La omisión de lo individual y de lo real nos proporciona el concepto del mismo modo que también nos proporciona la forma, mientras que la naturaleza no conoce formas ni conceptos, así como tampoco ningún tipo de géneros, sino solamente una *x* que es para nosotros inaccesible e indefinible (...).

¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; **las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son**>>.

Friedrich Nietzsche, *Verdad y mentira en sentido extramoral*, traducción de Luis Ml. Valdés, en Friedrich Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral y otros fragmentos de filosofía del conocimiento*, Editorial Tecnos, Madrid, 1996, pp. 23-24.

En oposición al dogmatismo metafísico que, según Nietzsche, ha caracterizado la filosofía tradicional, defiende que no hay una única interpretación verdadera de cuanto existe, sino **múltiples y cambiantes perspectivas**.

LA CRÍTICA DE LA MORAL

Por otro lado, Nietzsche dedica especial atención a la moral. Según él, **la moral tradicional es una moral antinatural, pues se opone a la vida**. Su raíz está en la religión judeocristiana, que establece sus normas en contra de los instintos vitales. El platonismo está en la base de esta moral contranatural: el mundo de las ideas de Platón se convirtió en el más allá que espera al ser humano.

Nietzsche aborda la **crítica de la moral vigente a partir del estudio del origen de los conceptos morales**. Para ello emplea el método genealógico, consistente en una investigación etimológica y sociohistórica de la evolución de esos conceptos. En su investigación filológica en diversas lenguas, Nietzsche cree hallar el resultado siguiente: en todas las lenguas, “bueno” significó primitivamente “lo noble y aristocrático”, contrapuesto a

“malo” en el sentido de “simple, vulgar, plebeyo”. De la mano de los judíos y, posteriormente, de los cristianos, surgió una nueva contraposición moral que desplazó a la anterior: los que eran considerados malos (en el sentido de “bajos”, “plebeyos”) se rebelaron y se llamaron a sí mismos “buenos”, y denominaron malvados a los aristócratas. Por tanto, **la moral surgió como resultado de la rebelión de los esclavos y es producto del resentimiento de quien no puede aceptar la vida ni los valores que la acompañan.**

<<El juicio “bueno” no procede de aquellos a quienes se dispensa “bondad”! Antes bien, fueron “los buenos” mismos, es decir, los nobles, los poderosos, los hombres de posición superior y elevados sentimientos quienes se sintieron y se valoraron a sí mismos y a su obrar como buenos, o sea como algo de primer rango, en contraposición a todo lo bajo, abyecto, vulgar y plebeyo (...).

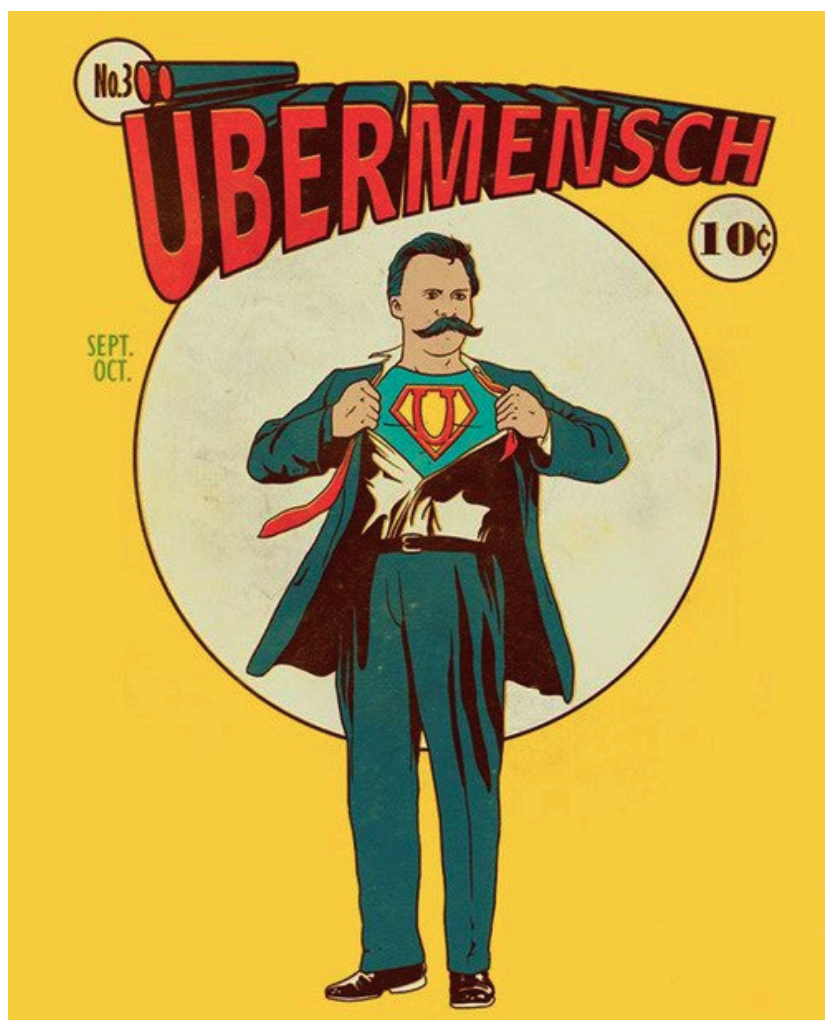
La indicación de cuál es el camino *correcto* me la proporcionó el problema referente a qué es lo que las designaciones de lo “bueno” acuñadas por las diversas lenguas pretenden propiamente significar en el aspecto etimológico: encontré aquí que todas ellas remiten a *idéntica metamorfosis conceptual*, que, en todas partes, “noble”, “aristocrático” en el sentido estamental, es el concepto básico a partir del cual se desarrolló luego, por necesidad, “bueno” en el sentido de “ánimicamente noble”, de “aristocrático”, de “ánimicamente de índole elevada”, “ánimicamente privilegiado”: un desarrollo que marcha siempre paralelo a aquel otro que hace que “vulgar”, “plebeyo”, “bajo”, acaben por pasar al concepto “malo”.

El más elocuente ejemplo de esto último es la misma palabra alemana “malo” (*schlecht*): en sí es idéntica a “simple” (*schlicht*) y en su origen designaba al hombre simple, vulgar, sin que, al hacerlo, lanzase aún una recelosa mirada de soslayo, sino sencillamente en contraposición al noble. Aproximadamente hacia la Guerra de los Treinta Años³, es decir, bastante tarde, tal sentido se desplaza hacia el hoy usual>>.

Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 37, 39-40 (Tratado Primero, caps. 2 y 4).

³ La guerra de los Treinta Años fue una guerra librada en la Europa Central (principalmente el Sacro Imperio Romano Germánico) entre los años 1618 y 1648. En ella intervinieron la mayoría de las grandes potencias europeas de la época y marcó el futuro del conjunto de Europa en los siglos posteriores.

La moral del resentimiento es una moral de venganza contra los fuertes, pretende la igualdad y exalta la humildad, la resignación, la compasión. La conciencia moral y el sentimiento de culpa son los instrumentos del sacerdote que guía al rebaño de fieles. La aspiración de alcanzar la felicidad en el más allá mantiene vivos los valores contranaturales (contrarios a la vida) propios del cristianismo.



Hasta ahora ha triunfado la moral de esclavos, la moral del rebaño, pero esta lucha no ha terminado, y es inevitable la destrucción de los valores hasta ahora vigentes. **Los valores creados por la cultura occidental son falsos, pues niegan la vida.** Cuando se derrumben -y se derrumbarán porque son ilusorios-, llegará el nihilismo; es decir, la civilización occidental se quedará sin valores, se perderá el sentido de la existencia y no habrá una meta para el ser humano. Tal estado no ha llegado todavía, pero se anuncia en el pesimismo, en la decadencia y agotamiento generales.

Además de este aspecto negativo y pasivo, Nietzsche subraya que el nihilismo, aunque incapaz de crear, pondrá las condiciones para que se generen nuevos valores.

- **Nietzsche: superhombre, eterno retorno, voluntad de poder**

La vida es voluntad de poder: con este término Nietzsche se refiere a las **fuerzas y energías que contribuyen al dinamismo de la vida**. La vida revela, en todas sus manifestaciones, voluntad de poder; es decir, **ansia de transformación, deseo de renovarse, de superarse; en definitiva, voluntad de crear**. Más que una “facultad” del hombre, la voluntad de poder es todo el conjunto de fuerzas y pulsiones que se dirigen hacia el poder y la superación. Así, **la voluntad de poder es voluntad creadora de valores**.

Hasta ahora, la humanidad ha valorado todo lo que se opone a la vida; **la moral vigente procede de un espíritu enfermo y decadente**. Se hace necesario, pues, invertir los valores y afirmar de nuevo la vida: **transvaloración de los valores** es la expresión con que Nietzsche hace referencia a esa inversión moral que le parece imprescindible. En este sentido, Nietzsche se llama a sí mismo immoralista, porque su moral es una exaltación de la vida e invierte los valores tradicionales.

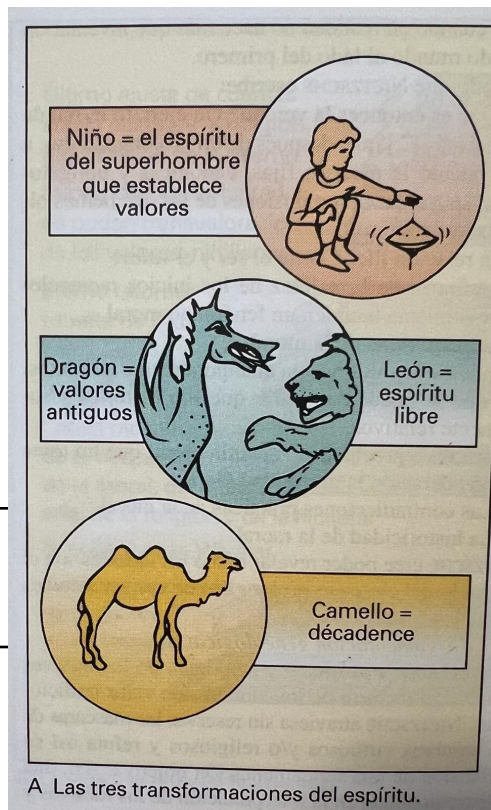
La máxima afirmación de la vida se expresa en la teoría del eterno retorno, la cual implica una concepción circular del tiempo (como la mantenida por los antiguos griegos), afirmando que todos los acontecimientos del universo (pasados, presentes y futuros) se repetirán continuamente. De este modo, la vida -que es efímera y fugaz- se convierte en algo eterno, absoluto. **Hay que amar la vida de forma que se quiera volver a vivirla porque -en efecto- todo vuelve a repetirse eternamente**. Este amor eterno hacia la vida misma proporciona al ser humano el medio de ir superándose continuamente.

El hombre es sólo un puente hacia el superhombre: en éste se presentarán nuevas virtudes, nuevos valores. **El superhombre que está por llegar es un nuevo hombre, inocente, que enunciará esta nueva moral**. En su obra *Así habló Zaratustra*, se narran tres metamorfosis del espíritu, simbolizadas por el camello, el león y el niño:

- 1) **El camello** se arrodilla para cargar con el peso de la moral tradicional y sus normas. Obedece ciegamente. Simboliza la degeneración de la humanidad, consecuencia de la domesticación del hombre por el cristianismo.

- 2) El camello se transforma en **león** cuando arroja los antiguos valores y quiere conquistar su libertad. Pero el león no es capaz de crear nuevos valores; para ello es necesario que el espíritu se transforme en niño.
- 3) El superhombre tiene la inocencia del **niño**, está más allá del bien y del mal, es el primer hombre, puede crear valores, vive fiel a la tierra; es decir, a la vida, al devenir. El superhombre logrará recuperar los instintos vitales y llevará a cabo la transvaloración de los valores.

La condición para la aparición del superhombre es la “muerte de Dios”, la desaparición del mayor concepto antitético de la vida. De este modo, la “muerte de Dios”, la destrucción del cristianismo, **el final de toda creencia en entidades eternas**, expresión de la cultura decadente, es la condición de la aparición del superhombre y de la nueva moral.



Peter Kunzmann y otros, *Atlas de filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 2003, p. 178.